

LA CRISIS DEL CAPITALISMO GLOBAL

GEORGE SOROS, EDITORIAL SUDAMERICANA, BUENOS AIRES, 1999

QUIZÁS UN PUNTO de inflexión en el recorrido hacia el carácter público de la figura de George Soros fue su artículo en *The Atlantic Monthly* de febrero de 1997. A partir de entonces ha aparecido en numerosas oportunidades en los diarios y revistas, ha participado activamente en los asuntos políticos internacionales, ha expuesto ante el Congreso en Washington, en fin, se ha transformado en una voz destacada en la discusión contemporánea. Recordamos que el título de dicho artículo fue "La amenaza capitalista." El mismo venía acompañado de expresivas ilustraciones: la primera, un busto varonil con una billetera por rostro. Este trabajo que, mal leído, parece pretender una abolición del capitalismo y del mercado, suscitó innumerables críticas. Ahora lo ha hecho también su nuevo libro. Pero las ideas de fondo del destacado financiero

húngaro merecen un análisis detallado. Soros es un intelectual. Estudió economía en la London School of Economics, donde fue alumno, entre otros, de Karl Popper, con quien mantuvo siempre contacto. Popper lo recordaba con mucho respeto en una entrevista cercana a su fallecimiento.¹

Sin embargo, Soros es consciente de que se lo oye por su éxito. "Disfruto de respeto y reconocimiento generalizados, afirma con toda razón, no por mi filantropía ni por mi filosofía, sino por mi capacidad para ganar dinero en los mercados financieros. Me pregunto si usted estaría leyendo este libro si yo no me hubiera labrado una reputación como mago de las finanzas" (p. 242). De tonto no tiene nada. Pero también se le critica, tachándole de hipócrita, por este motivo. Habría que tratar de despersonalizar las ideas de Soros, pero él mismo debería hacer el es-

fuerzo, comenzando por evitar el tono jactancioso presente a lo largo del libro. Aquí trataremos de hacerlo.

Antes de empezar ese análisis de sus ideas, aclaramos que eludiremos una serie de opiniones realmente contingentes—sobre todo ‘predicciones’—que emite el autor. También le recomendaríamos evitarlas, más aún cuando demuestra tener bien claro el carácter incierto de las mismas: él no es “sister Fatima.” Debería no olvidar que el público al que se dirige—su libro es de divulgación—no sabe distinguir lo importante de lo accidental, y suele emitir juicios de acuerdo con lo accidental. Dividiremos sus ideas en tres grandes grupos: marco conceptual, ideas económicas e ideas políticas.

La primera noción importante de su marco conceptual es la que él denomina “reflexividad”: “hay, afirma, una conexión bidireccional entre las decisiones actuales y los acontecimientos futuros” (p. 25). Es la doble relación entre expectativas y hechos, tan importante para entender los fenómenos humanos, muy especialmente los económicos. Las expectativas se forman de acuerdo con

los hechos, e influyen en los mismos. Por eso, el mero conocimiento de los hechos no basta para prever bien. Más aún, resulta imposible una previsión perfecta en el ámbito de las decisiones humanas. La “función cognitiva,” o pasivo conocimiento de la realidad, se ve afectada por la “función participativa,” que influye en la misma realidad y modifica las supuestas variables independientes del conocimiento. Las decisiones económicas se toman de acuerdo con expectativas y éstas descansan en hechos. Pero antes de que los hechos se verifiquen, las expectativas pueden cambiar y modificar a su vez los hechos. Quien haya trabajado un tiempo en el mercado financiero puede ofrecer numerosos ejemplos de esto. Se trata, además, de un tema recurrente, aunque expresado de otros modos en la literatura económica heterodoxa reciente, con la que Soros no manifiesta tener contacto.

Pienso que comenzando por esta noción de reflexividad—que él presenta en segundo término—resulta muy fácil comprender otra muy popperiana: la de “falibilidad”: nuestra comprensión del mundo en que vivimos es intrínsecamente

imperfecta. Entre conocimiento y realidad hay un “sesgo” que tanto puede reducirse como expandirse. “La realidad existe, afirma. Pero el hecho de que la realidad incorpore un pensamiento humano intrínsecamente imperfecto hace que sea lógicamente imposible predicarla y predecirla” (p. 49)².

Su tercera noción básica, muy relacionada con la última, —la de sociedad abierta— la expondremos con sus ideas políticas. Una valoración provisional de estas ideas sólo ha de señalar que a veces su posición resulta excesivamente pesimista en cuanto a la posibilidad de conocer la realidad humana. Esta tendencia se relaciona con su postura acerca de los valores. Soros presta una atención muy particular a la importancia de los mismos y distingue dos clases principales: los principios fundamentales, que las personas defienden independientemente de las consecuencias, y la conveniencia como motivo para la acción (p. 109). El predominio de esta última, señala el autor, resulta especialmente peligroso para la cohesión social. Ahora bien, para Soros, como corolario de los anteriores conceptos,

no hay ningún patrón objetivo que permita establecer un conjunto de principios universales. Esto es lo mismo que decir que es relativista. Lo señala de diversos modos a lo largo del libro: “...los valores que dominan en un momento determinado de la historia resultarán probablemente inadecuados e inapropiados en otro” (p. 79). “En el fondo, las verdades de la Declaración de Independencia no son evidentes en sí mismas sino reflexivas en el sentido en que todos los valores son reflexivos” (p. 128). “La definición [de lo correcto] variará probablemente con el tiempo y el lugar, pero debe haber una definición en todo momento y lugar” (p. 128). “No existe un criterio objetivo para los valores sociales...” (p. 231). “De nuestra falibilidad se sigue que un código de conducta no puede derivarse de primeros principios” (p. 255), y varios pasajes más. De todos modos, se debe destacar que afirma la necesidad de los valores, y de unos valores intrínsecos, no del dinero.

Pasamos a sus ideas económicas. Por una parte, aplica los conceptos anteriores a la realidad de lo económico; ello le conduce a juicios sobre la rea-

lidad y ciencia económicas. Por otra, hace propuestas de política económica.

La reflexividad se verifica especialmente en los mercados financieros. Debido a la enorme expansión de los mismos, la consiguiente inestabilidad afecta a toda la economía mundial. El comportamiento "seguidista" guiado por los precios de las acciones y los beneficios conduce a ciclos exagerados y provoca una inestabilidad continua en la economía. Las señales son falsas porque los agentes financieros pueden manipularlas para alcanzar un éxito mayor. El equilibrio es, señala Soros, un "blanco móvil." Esta es una idea ampliamente desarrollada por los economistas neo-austriacos, aunque ellos creen en una tendencia al equilibrio en condiciones de libertad de acción total: Soros no lo menciona. En cambio, él piensa que esta inestabilidad intrínseca conducirá a una crisis capitalista definitiva. El motivo que aduce es que se está llegando a un estado de "desequilibrio dinámico:" la situación queda fuera de control. En realidad, Soros está aplicando a la economía una idea que desarrolla respecto a la so-

ciudad: en la medida que caen los valores intrínsecos, la sociedad se desintegra. Esto sucede en la que denomina "sociedad transaccional," (cuyo valor y principio es el dinero) en oposición a la "sociedad relacional" (que contiene valores compartidos). El razonamiento lógico sería que aquella desintegración conduce a la crisis capitalista o que el valor dinero como único criterio vicia los mercados. Pero esto no significa que el capitalismo contenga intrínsecamente las causas de su propia crisis, como afirma varias veces (e.g., en pp. 169, 173, 207). Se trata de un problema moral, no del capitalismo.

Según Soros, la ciencia económica, mientras tanto, se equivoca cuando pretende tratar los fenómenos que analiza como una ciencia natural y tapa sus ojos a la reflexividad y sus consecuencias.³ Los desarrollos de expectativas racionales son engañosos porque pretenden crear la ilusión de que manejan lo inmanejable. Junto con una metodología inadecuada la economía introduce una pretendida neutralidad valorativa. En realidad no es nada neutral y deriva finalmente en el denominado "im-

perialismo económico,” que es un “imperialismo ideológico” (p. 28). Este tiene dos partes: 1. pretende explicar y resolver todas las decisiones humanas con criterios económicos y, 2. propugna una generalización y cuasi-sacralización del mercado, lo que Soros denomina, “fundamentalismo de mercado.” Se creyó que la economía libre individualista, al margen de los valores, conduciría al equilibrio. Este fundamentalismo del mercado, aclara, es otro modo de denominar a la ideología liberal. Pero Soros no ataca al instrumento en sí —el mercado—, que a su juicio es amoral (no inmoral), si no a su uso indebido y a la confianza en su infalibilidad —cuando sabemos que por la reflexividad toda realidad humana es falible—. Por eso, la reforma requerida del capitalismo global es el reconocimiento de esta falibilidad, que se corrige mediante la aceptación de algunas reglas. El resto se tendrá que obrar en el marco del desarrollo de una sociedad sustentada en valores, sin la que no hay corrección posible.

Personalmente me llama la atención que después de advertir que el problema es pro-

fundamente moral, Soros no clame por una recuperación de la misma, sino por una solución mínima liberal: la imposición de reglas a los mercados. La recuperación de los valores sociales no es compatible con un comportamiento de mero cumplimiento de reglas en el mercado. Es decir, no se puede pretender que la impregnación de valores en la sociedad compense los defectos y trampas —que él mismo observa— propios de una actitud de obediencia burocrática en los mercados financieros. Porque si la resurrección de los valores es real se contagiará a los mercados; y si eso no sucede, es porque no es real. No se puede pretender ser bueno en los comportamientos sociales y sólo atenerse a reglas —e ingeniárselas para ponerlas a funcionar en beneficio propio— en los comportamientos económicos. No existe un hombre escindido o, si lo hay, es una deformidad patológica. Por eso, el aprendizaje que Soros sugiere no es posible: “Debemos aprender a distinguir entre la toma de decisiones individuales tal como se expresa en el comportamiento del mercado y la toma de decisiones colectivas tal como se expresa

en el comportamiento social en general y en la política en particular. En ambos casos nos guía el interés personal; pero en la toma de decisiones colectivas debemos anteponer el interés común a nuestro interés personal concreto *aún cuando otros no lo hagan*" (p. 30, énfasis en el texto).

No analizaremos sus sugerencias concretas de reforma del sistema financiero y monetario y de las instituciones de control. Pertenecen a la parte que hemos denominado 'contingente' de su libro. No obstante, dichas sugerencias, al igual que sus análisis de la crisis rusa y de las principales economías mundiales, son sumamente agudas e interesantes.

En cuanto a las ideas políticas, encontramos en Soros una combinación oscilante de elementos clásicos —probablemente inconscientes— y liberales. Entre los primeros, señalamos ante todo su insistencia en la necesidad de revivir los valores. El problema de la actual sociedad transaccional es la falta de cohesión social y la ausencia de gobierno. Pero sobre todo, la carencia de un cimiento de valores y virtudes cívicas. El dinero ha usur-

pado el lugar de los valores intrínsecos (p. 122). Otro rasgo clásico de su concepto de sociedad abierta es la imperfección y perfectibilidad de la misma: es una sociedad con defectos, pero abierta a la mejora. Esta mejora se consigue merced a aquellos valores y virtudes. Los hombres están "hipotecados", es decir, son sociales, no pueden vivir aisladamente y deben cooperar los unos con los otros.

Los rasgos liberales surgen a la hora de las medidas, porque no va más allá de sugerir un reforzamiento del derecho internacional y la creación o modificación de instituciones de regulación y control globales. Este es uno de los motivos por los que es atacado desde las posiciones libertarias. Pero no se advierte que entre ambas sólo hay una diferencia de grado de incidencia del Estado de Derecho. Esta insistencia en el derecho y las instituciones no es incorrecta mientras no se pierda de vista su carácter de causas eficiente y ejemplar del orden social, que es lo importante. Soros podría haber enfatizado la necesidad de aquella vuelta a los valores sociales y haber sido más claro en cuanto a su con-

tenido. Pero probablemente su agnosticismo y el relativismo ético que ya hemos ilustrado con varios pasajes del libro le impiden hacerlo.

En conclusión, el libro de Soros es atractivo y sugerente, lleno de ideas propias de un intelectual que tiene un estrecho contacto con la realidad. Advierte claramente los problemas, pero creo que su para-

digma cultural lo condiciona a la hora de las soluciones. Sin embargo, su clarividencia para detectar los problemas de la sociedad capitalista global —fundamentalmente morales— es una luz esperanzadora en medio de la vigencia predominante de la ideología individualista.

Ricardo F. Crespo

407

NOTAS

1 Cfr. "El futuro está abierto", entrevista a Karl Popper de Adam Chmielewski el 29-VII-94 (traducida por el autor de esta reseña), en *Humanitas*, 11, 1998, Santiago de Chile, p. 427.

2 Extrañamos que Soros no introduzca la libertad humana como uno

de los motivos de la imposibilidad de la previsión y de la inestabilidad.

3 Con lo que estamos totalmente de acuerdo. Dicho sea de paso, Soros sostiene claramente un dualismo epistemológico entre ciencias sociales y naturales. En cuanto a la metodología científica, acude con frecuencia a los tipos ideales en sus análisis.

